

de los caracteres. Por haber mostrado en un punto particular más clarividencia que la mayoría, ¿mereces que te juzguen como un espíritu superior? Al contrario: creo que no demostraste, Bidault-Coquille, un profundo conocimiento de las condiciones del desarrollo intelectual y moral de los pueblos. Suponías que las injusticias sociales se hallaban ensartadas como las perlas y que bastaba sacar una para que se desgranase el collar. Era una concepción inocente. Imaginabas imponer de pronto la justicia en tu país y en el universo. Fuiste un buen hombre, un espiritualista honrado, sin mucha filosofía experimental. Reflexiónalo bien y comprenderás que tuviste alguna malicia, pero que tu ingenuidad, hasta cierto punto era engañosa. ¡Creías hacer un gran negocio moral! Premeditaste: «Seré valeroso y justo una vez para siempre. Podré descansar luego en la estimación pública y en el aplauso de la Historia.» Y ahora, con las ilusiones perdidas, comprendes hasta qué punto es difícil enderezar entuertos; porque nada se consigue, nada se remedia; vuelves a tus asteroides, y haces bien. En lo que te queda de vida procura ser modesto, Bidault-Coquille...»

LIBRO SÉPTIMO

LOS TIEMPOS MODERNOS. — LA SEÑORA CERÉS

CAPÍTULO PRIMERO

EL SALÓN DE LA SEÑORA CLARENCE

La señora Clarence, viuda de un importante funcionario de la República, gustaba de cultivar el trato social. Reunía todos los jueves algunos amigos modestos que se complacían en la conversación. Todas las señoras que iban a su casa, de muy diversa edad y estado, carecían de dinero y habían padecido mucho. Una duquesa tenía el aspecto de cartomántica, reveladora de presagios, y una cartomántica parecía una duquesa. La señora Clarence, bastante atractiva para conservar sus viejas relaciones, no lo era ya lo suficiente para renovarlas. Tenía una hija muy hermosa y sin dote, que atemorizaba mucho a los invitados; porque los pingüinos huyen, como del fuego, de las muchachas pobres. Evelina Clarence advertía la reserva cautelosa de los hombres, y desde que averiguó el motivo sirvióles el té desdeñosamente. Se la veía poco en las tertulias y sólo hablaba con las señoras o con los jovenzuelos; su presencia nunca refrenó los atrevimientos en las conversaciones porque, o la suponían bastante inocente para no comprenderlos o recordaban sus veinticinco años que la permitían oírlo todo.

Un jueves, en la tertulia de la señora Clarence se ha-

bló del amor; las señoras trataron el asunto con altivez, delicadeza y misterio; los hombres con indiscreción y fatuidad; cada cual opinaba que sus afirmaciones eran las más atendibles. Se derrochó ingenio, se cruzaron brillantes apóstrofes y réplicas vivas; pero en cuanto expuso el profesor Haddock sus ideas aburrió a los concurrentes.

—Nuestras opiniones acerca del amor, como todas las demás—dijo—se fundan en costumbres anteriores de las cuales no conservamos ni el recuerdo. En asuntos de moral, los mandatos que han perdido su razón de ser, las obligaciones más inútiles y las imposiciones más nocivas y crueles son, por su antigüedad remota y el misterio de su origen, las menos discutidas y las más discutibles, las menos analizadas, las más respetadas, las más veneradas y las que no podemos quebrantar sin incurrir en censuras muy severas. Toda la moral relativa a las relaciones de los sexos descansa en el supuesto de que la mujer, en cuanto ha cedido al hombre pertenece al hombre, como le pertenecen su caballo y sus armas; lo cual era verdad antiguamente, pero dejó de serlo; y resulta un absurdo el contrato matrimonial, contrato de venta de una mujer a un hombre, con cláusulas restrictivas del derecho de propiedad referentes a la impotencia del poseedor.

»La obligación impuesta a la doncella de ofrecerse virgen al esposo, arranca de los tiempos en que se casaban las doncellas en cuanto eran núbiles; pero es ridículo que, si no se casan hasta los veinticinco o los treinta años tengan la misma obligación. Diréis que será un presente grato para el marido, y os contestaré que si la virginidad fuese lo más apetecible no andarían los hombres desatentados en persecución de las mujeres casadas, ni se mostrarían orgullosos de poseerlas.

»Aun se conserva el deber de las doncellas precisado en la moral religiosa por la antigua creencia de que Dios, el más poderoso guerrero, es polígamo, se reserva todas las virginidades, y sólo con su asentimiento puede tomarlas alguien. Esta creencia, que dejó rastro en algunas metáforas del lenguaje místico, se borró ya en los pueblos civilizados, pero su influencia perdura en la edu-

cación de las niñas, no solamente entre los creyentes, sino hasta entre los librepensadores, que no suelen pensar libremente por la sencilla razón de que no piensan de ningún modo.

»Para que una niña sepa lo que le corresponde, se le exige que no sepa nada. Se cultiva su ignorancia; y a pesar de todo sabe algo de lo que pretendemos que ignore, puesto que no es posible ocultarle su propio organismo, ni sus estados, ni sus emociones y sensaciones; pero lo sabe mal y de mala manera. Es todo lo que obtienen los pedagogos...»

—Caballero—dijo bruscamente y algo fosco José Boutourlé, tesorero general de Alca—: os aseguro que hay niñas inocentes, perfectamente inocentes, lo cual es una gran desdicha. He conocido tres, y las tres casaron. Fué horroroso. Una de ellas, cuando su marido se le acercó, arrojóse del lecho espantada y se asomó al balcón para gritar: «¡Socorro, socorro, que mi marido está dementel!» A la segunda la encontraron por la mañana sobre un armario de espejo, y no hubo razones que la decidiesen a bajar. La tercera, víctima del mismo sobresalto, se abandonó resignada, sin lamentaciones, y solamente al cabo de algunos días murmuró al oído de su madre: «Ocurren entre mi marido y yo cosas inauditas, cosas que ni se pueden imaginar, cosas que no me atrevo a comunicarte.» Para no perder su alma se las comunicó al confesor y por él tuvo la decepción de saber que todo aquello no era extraordinario.

—He advertido—prosiguió el profesor Haddock—que los europeos en general y los pingüinos en particular, antes de que los automóviles enloquecieran a las gentes no se ocupaban de nada tanto como del amor. Era darle importancia excesiva a lo que la tiene muy escasa.

—De este modo, caballero—exclamó la señora Crêmeur, exaltada—, cuando una mujer se ha entregado por completo a un hombre, ¿aquello no tiene la menor importancia?

—No señora. Puede tener importancia—respondió el profesor Haddock—; pero antes de concedérsela es preciso ver si al entregarse ofreció un jardín florido o un ma-

torral de cardos y ortigas. Además, ¿no se abusa un poco de la palabra entregarse? Más que entregarse, la mujer, se presta. Fijaos en la bella señora Pensée...

—¡Es mi madre!—dijo un buen mozo rubio.

—No la faltaré al respeto, caballero—replicó el profesor Haddock—; no temáis que pronuncien mis labios ninguna palabra ofensiva. Pero permitidme decir que, en general, la opinión que los hijos tienen de sus madres es insostenible; no reflexionan bastante que una madre lo ha sido porque amó y que puede amar nuevamente. Así ocurre, y es lo que debe ser. He observado también que las niñas no se equivocan al juzgar la facultad amorosa de sus madres y de qué modo la emplean; como sienten lo mismo, lo adivinan.

El insoportable profesor continuó su discurso. Añadía impertinencias a las torpezas, atrevimientos a las incorrecciones, acumulaba datos incongruentes, despreciaba lo respetable y respetaba lo despreciable; pero nadie le atendía ya.

Entre tanto, en su alcoba de una sencillez insulsa, en su alcoba triste por falta de amor y que, como todas las alcobas de soltera, tenía la frialdad de una antesala: Evelina Clarence consultaba los anuarios de los casinos y los prospectos de obras nuevas donde adquirir el conocimiento de la sociedad. Confinada en un mundo intelectual y pobre, su madre no pudo presentarla ni lucirla, y Evelina se dedicó a buscar por sí un medio favorable, obstinada y tranquila, sin ensueños y sin ilusiones. Veía en el matrimonio un punto de partida, un permiso de circulación, y no se la ocultaban las contingencias, las dificultades y los accidentes de su empeño.

Disponía de recursos para agradar y de una frialdad conveniente para ponerlos en práctica. Su flaqueza consistía en que todo lo aristocrático la deslumbraba.

Al encontrarse ya sola con su madre, dijo:

—Mamá, desde mañana iremos al «retiro» del padre Douillard.

CAPÍTULO II

LA OBRA DE SANTA ORBEROSA

El «retiro» del reverendo padre Douillard reunía todos los viernes a las nueve de la noche en la aristocrática iglesia de San Mael lo más selecto de la sociedad de Alca. El príncipe y la princesa de los Boscenos, el vizconde y la vizcondesa de Oliva, la señora de Bigourd, el señor y la señora de la Trumelle no faltaban jamás. Allí estaba la flor de la nobleza, y las encantadoras baronesas judías brillaban allí, porque las baronesas judías de Alca eran católicas.

Aquel «retiro» tenía por objeto, como todos los retiros religiosos, procurar a los elegantes mundanos algunas horas de piadoso recogimiento para que se preocupasen de su salud eterna; y también estaba destinado a extender sobre tantas nobles e ilustres familias la bendición de Santa Orberosa, bienhechora de los pingüinos. Con un celo verdaderamente apostólico el reverendo padre Douillard perseguía la realización de su obra: restablecer a Santa Orberosa en sus prerrogativas de patrona de la Pingüinia y consagrarle sobre una de las colinas que dominan la ciudad una iglesia monumental. Un éxito prodigioso había coronado sus esfuerzos, y para la realización de aquella empresa nacional reunió más de cien mil adeptos y más de veinte millones de francos.

El nuevo relicario de Santa Orberosa, rodeado de cirios y de flores, mostraba en el coro de San Mael su oro resplandeciente y sus pedrerías deslumbrantes.

Ved lo que dice acerca del particular, en su *Historia de los milagros de la patrona de Alca*, el abate Plantain:

«La vieja urna fué destruida durante el Terror, para fundir su metal y vender sus piedras, y los preciosos restos de la Santa fueron arrojados a una hoguera encendida en el centro de la plaza de la Grève; pero una

pobre mujer muy piadosa, llamada Rouquin, recogió por la noche y con peligro de su vida los huesos calcinados y las cenizas de la bienaventurada; los conservó en un tarro de dulce, y al ser restablecido el culto los entregó al venerable párroco de San Mael. La señora Rouquin acabó piadosamente sus días dedicada a vender cera y alquilar sillas en la capilla de la Santa.»

Es indudable que, precisamente cuando la fe declinaba, el padre Douillard restauró el culto de Santa Orberosa (destruido por la crítica del canónigo Princeteau y por el silencio de los doctores de la Iglesia), y lo rodeó de más pompa y esplendores, de más fervor que nunca. Los nuevos teólogos aceptaban como verídica la leyenda recogida por el venerable Simplicio, y admitían que una vez el Demonio, con hábitos de fraile, se llevó violentamente a la virgen para gozarla en una caverna; pero la virgen supo resistir las tentaciones y astucias del Maligno, y quedó triunfante la Virtud. No se preocupaban de lugares ni de fechas; no hacían exégesis ni concedían a la ciencia lo que le había concedido mucho antes el canónigo Princeteau; de sobra sabían adónde conducen las concesiones.

Estaba la iglesia resplandeciente de luces y de flores. Un tenor de la Opera cantaba el célebre himno de Santa Orberosa:

Virgen, en la calma
de la noche bruna,
envuelve mi alma
como luz de luna.

La señorita de Clarence se colocó junto a su madre delante del vizconde de Clena y estuvo largo rato arrodillada en un reclinatorio, porque la oración impone actitudes virginales que realzan el encanto de las formas.

El reverendo padre Douillard subió al púlpito; era un elocuente orador; sabía conmover, sorprender, emocionar. Las mujeres se quejaban solamente de que fustigaba los vicios con excesiva rudeza y usaba conceptos tan atrevidos que las obligaban a ruborizarse. Pero esto no disminuía su estimación.

Trató en su discurso de la séptima prueba de Santa Orberosa, cuando fué tentada por el Dragón contra el cual salió a combatir, y de qué modo logró vencer al monstruo con su pureza.

El orador demostró sin dificultad que, ayudados por Santa Orberosa y fortalecidos por las virtudes que ella nos inspira, venceremos también a todos los dragones que amenazan devorarnos: el dragón de la duda, el dragón de la impiedad, el dragón del olvido de los deberes religiosos. Sacó la consecuencia de que la Obra de la devoción a Santa Orberosa era una obra de regeneración social, y concluyó por un ardiente llamamiento «a los fieles afanosos de ser los instrumentos de la Misericordia Divina, el apoyo y sostén de la obra de Santa Orberosa, y de proporcionarle todos los medios que necesita para tener importancia y producir saludables frutos».

Después de la ceremonia el reverendo padre Douillard se quedaba en la sacristía en espera de los fieles que deseaban tener informes acerca de la Obra y contribuir a ella. La señorita Clarence tenía que decirle algo al reverendo padre Douillard; al vizconde Clena le sucedía lo mismo; la muchedumbre era numerosa y se formó cola. Por un dichoso azar, el vizconde y la señorita Clarence quedaron oprimidos el uno contra el otro. Evelina ya se había fijado en aquel joven elegante, casi tan conocido como su padre en el mundo de los *sports*. También él se había fijado en ella, y al verla tan hermosa la saludó como si creyera que había sido presentado anteriormente y no recordara dónde. La madre y la hija fingieron también creer lo mismo.

El jueves inmediato se presentó el vizconde en casa de la señora de Clarence, a la que suponía un poco tolerante, lo cual no le desagradaba; y al ver de nuevo a Evelina reconoció que no estaba ciego cuando se había interesado por su belleza.

El vizconde Clena tenía el más hermoso automóvil de Europa. Durante tres meses paseó a las señoras de Clarence todos los días por las colinas, las llanuras, los bosques y los valles; con ellas recorrió lugares pintorescos

y visitó castillos. Dijo a Evelina todo lo que podía decirle, y se lo dijo bien. Ella no le ocultó que le amaba, que le amaría siempre y que no amaría jamás a otro; sintióse a su lado estremecida y prudente. Al abandono de un amor fatal oponía, cuando era necesario, la defensa invencible de una virtud que no desconoce los peligros. Al cabo de tres meses de llevarla y traerla, subirla, bajarla y pasearla del brazo cuando algún contratiempo detenía el automóvil, llegó a tenerla tan manoseada como el volante de su máquina, pero sin pasar de ahí. Combinaba sorpresas, aventuras, detenciones inesperadas en los bosques o en los caminos cerca de una posada, pero nunca le valieron sus tretas; rabioso, la metía otra vez en el *auto*, y se lanzaba a ciento veinte por hora, decidido a despeñarla en un precipicio o estrellarla contra un árbol.

Cierto día fué a buscarla para una excursión y la encontró más deliciosa que nunca, más apetecible. Cayó sobre ella como el huracán sobre los juncos al borde de un estanque, y ella se dobló con adorable debilidad. Veinte veces vióse a punto de ceder, dominada, vencida por el impulso fiero, y veinte veces se rebizo ligera y vibrante. Después de muchos asaltos dijérase que apenas un soplo ligero había mecido el talle delicioso. Evelina sonreía como si se ofreciese a las manos poderosas de su desdichado agresor, quien descompuesto, con rabia, casi enloquecido, al huir para no matarla se equivocó de puerta y entró en el gabinete donde la señora Clarence se ponía el sombrero ante el espejo del armario; la cogió, la empujó hasta el lecho y la gozó sin darle tiempo de reflexionar lo que sucedía.

A las pocas horas, tenaz en sus investigaciones, averiguó Evelina que el vizconde sólo tenía deudas, que gastaba el dinero de una vieja y acreditaba las marcas nuevas de un fabricante de automóviles.

De común acuerdo dejaron de verse; y Evelina volvió a servir de mala gana el té a los invitados de su madre.

CAPÍTULO III

HIPÓLITO CERÉS

En el salón de la señora de Clarence se hablaba de amor y se formulaban conceptos deliciosos.

—El amor es el sacrificio—suspiró la señora Creneur.

—No lo dudo—replicó vivamente Boutourlé.

Pero el profesor Haddock desplegó muy pronto su fastidiosa insolencia.

—Me parece—dijo—que las pingüinas dificultan mucho las cosas desde que por milagro de San Mael se convirtieron en vivíparos. Sin embargo, no tienen de qué enorgullecerse; es una condición que comparten con las vacas y las cerdas, y hasta con los naranjos y los limoneros, puesto que las semillas de estas plantas germinan en el pericarpio.

—La importancia de las pingüinas—replicó Boutourlé—no es tan remota; comienza el día en que recibieron vestiduras del santo apóstol; y aun esa importancia sólo brilló en un pequeño círculo social más adelante, con el lujo. Sin ir más lejos, a dos leguas de Alca, en el campo, durante la siega, podréis convenceros de que las mujeres no son remilgadas ni se dan importancia.

Aquel jueves Hipólito Cerés se hizo presentar; era diputado por Alca y uno de los miembros más jóvenes de la Cámara. Se le suponía hijo de un tabernero; hablaba bien; era abogado, robusto, voluminoso; tenía mucho empaque y fama de listo.

—El señor Cerés—dijo la dueña de la casa—representa en el Congreso el más hermoso distrito de Alca.

—Un distrito que se embellece de día en día, señora. Es un encanto.

—Desgraciadamente no se puede transitar por allí—dijo Boutourlé.

—¿Cuál es la causa?—preguntó el diputado.

—¡Los automóviles!

—No reneguéis de los automóviles, nuestra magnífica industria nacional.

—No lo ignoro, caballero: los pingüinos de hoy me recuerdan a los egipcios de la antigüedad. Los egipcios, como dice Taine tomándolo de Clemente de Alejandría cuyo texto altera, los egipcios adoraron a los cocodrilos que los devoraban; los pingüinos adoran a los automóviles que los espachurran. Sin duda el porvenir es para la bestia de metal. No retrocederemos al coche de punto como no volvimos a usar las diligencias; el fatigoso martirio del caballo termina. El automóvil, que la codicia práctica de los industriales lanzó como un carro de Jagermat sobre los pueblos asombrados, y fué para los ricos ociosos una imbecil y funesta elegancia, cumplirá pronto su misión cuando se ponga al servicio del pueblo y se porte como un monstruo dócil y servicial. Sin embargo, para que el automóvil resulte bienhechor es necesario que se le construyan caminos en relación con sus proporciones y su marcha, calzadas que resistan el impulso de sus neumáticos feroces; y que se le prohíba envenenar a los transeuntes con el polvo que levanta.

La señora de Clarence habló del embellecimiento del distrito representado por Hipólito Cerés, y éste dejó traslucir su entusiasmo por los derribos, desmontes, construcciones, reconstrucciones, y todo género de operaciones fructíferas.

—Se construye hoy de un modo admirable—dijo—; se trazan avenidas majestuosas. ¿Hay algo más hermoso que los pilares de nuestros puentes y las cúpulas de nuestros hoteles?

—Olvidáis ese grandioso palacio recubierto por una inmensa bóveda semejante a medio melón—refunfuñó el señor Daniset, antiguo aficionado al arte—. Es incalculable la fealdad con que puede revestirse una ciudad moderna. Alca se americaniza. Destruyen cuanto nos quedaba de libre, de imprevisto, de proporcionado, de moderado, de humano, de tradicional. En todas partes desaparece la encantadora visión de un muro sobre el cual asoman sus ramas los árboles; en todas partes se suprimen el aire, la luz, la naturaleza, los recuerdos; se bo-

rra la huella de nuestros padres y nuestra propia huella, y se levantan casas enormes, infames, rematadas a la vienesa con ridículas cúpulas, o acondicionadas al arte nuevo, sin molduras ni perfiles, con salientes inverosímiles y remates burlescos: monstruos desvergonzados que asoman sobre los edificios viejos. Véanse proyectar sobre las fachadas, con blandura repugnante, protuberancias bulbosas; a eso llaman «motivos de arte nuevo». He visto el arte nuevo en otros países y no es tan ruin; tiene honradez y fantasía. Sólo entre nosotros, por un triste privilegio, se ven reunidas las novedades arquitectónicas más horribles. ¡Envidiable privilegio!

—¿No teméis—advirtió vivamente el diputado—, no teméis que vuestras críticas amargas aparten de nuestra capital a los extranjeros que afluyen de todo el mundo y que nos dejan muchos miles de millones?

—Tranquilizaos—respondió el señor Daniset—. Los extranjeros no vienen a extasiarse ante los edificios; vienen por nuestras mujeres galantes, por nuestros modistos y por nuestros bulliciosos bailes públicos.

—Tenemos la mala costumbre de calumniarnos—suspiró Hipólito Cerés.

La señora Clarence creyó conveniente hablar otra vez del amor para divertir a la concurrencia y preguntó a Jumel qué opinaba del nuevo libro donde León Blum se lamenta...

—... De que una costumbre injustificada—continuó el profesor Haddock—impide a las señoritas de la buena sociedad ejercitar sus encantos en los juegos amorosos, que tan deplorablemente realizan las mozas mercenarias. Pero ese autor no debe afligirse tanto puesto que, si bien existe arraigado entre nuestra limitada sociedad burguesa ese mal que deplora, no se propagó entre la gente del pueblo, ya que ni las artesanas ni las campesinas se abstienen de los goces amorosos.

—¡Qué inmoralidad, caballero!—dijo la señora Cremeur.

Y celebró la inocencia de las doncellas en frases rebozantes de pudor y de gracia. Estuvo afortunadísima.

Los conceptos del profesor Haddock acerca del mismo

asunto produjeron una molesta depresión en los ánimos.

—Las doncellas de la buena sociedad—dijo—viven guardadas y vigiladas; además, los hombres no las provocan: unas veces por honradez, otras por temor a responsabilidades terribles, y otras porque la seducción de una doncella no es aventura de que pudieran vanagloriarse. En realidad no sabemos lo que pasa, porque lo que se oculta no se ve. Las doncellas de la buena sociedad serían más fáciles que las casadas, por dos razones: tienen más ilusión, y su curiosidad no está satisfecha. Las mujeres acostumbran a ser tan torpemente iniciadas por sus maridos, que de momento no desean repetir con otro. En mis tentativas de seducción tropecé muchas veces con semejante obstáculo.

Cuando el profesor Haddock ponía fin a sus conceptos desagradables, Evelina entraba en el salón para servir el té con la displicencia de costumbre, que prestaba un encanto oriental a su hermosura.

—Yo—dijo Hipólito Cerés, con los ojos fijos en ella—me proclamo campeón de las señoritas.

«¡Qué imbécil!»—pensó Evelina.

Hipólito Cerés, que jamás había sacado el pie de su mundo político y sólo trató con electores y camaradas, juzgaba muy distinguido el salón de la señora Clarence; suponía muy elegante a la señora de la casa, y a su hija extraordinariamente bella. Fué asiduo en su trato y galanteó a la una y a la otra.

Aquel hombre activo se propuso agradecerlas, y lo consiguió algunas veces. Las proporcionaba invitaciones para el Congreso y palcos para la Opera; facilitó a la señorita Clarence varias ocasiones de lucimiento, sobre todo en una fiesta campestre que, a pesar de ser oficial y ofrecida por un ministro, resultó delicadamente mundana y valió a la República su primer triunfo entre las personas elegantes.

En aquella fiesta Evelina fué muy agasajada, especialmente por un joven diplomático llamado Roger Lambilly, quien la creyó una mujer galante y le propuso una entrevista. Fascinada por la figura de aquel hombre al cual suponía rico, Evelina le visitó. Un poco emociona-

da, casi turbada, estuvo a punto de ser víctima de su atrevimiento, y sólo evitó la derrota por una maniobra ofensiva y audaz. Esta fué la mayor locura de su vida de soltera.

En su trato con los ministros y con el presidente afectaba Evelina un carácter piadoso y aristocrático que la conquistó simpatías entre los prohombres de la República anticlerical y democrática. Hipólito Cerés, al verla triunfar, sintióse más atraído y satisfecho. Por fin se enamoró locamente.

Desde entonces ella empezó a mirarle con interés. Aquel hombre se le aparecía falto de elegancia, de delicadeza y de cultura; pero muy emprendedor, desenvuelto, entretenido y ocurrente. Evelina se burlaba de él, y sin embargo pensaba con gusto en él.

Un día quiso poner a prueba su cariño.

Era en pleno periodo electoral; Hipólito Cerés preparaba su reelección. Ante un adversario poco peligroso al principio, sin recursos oratorios pero con mucho dinero, que le restaba diariamente algunos votos, Cerés, nada propenso a la necia confianza ni a las inquietudes alarmantes no temía, pero tampoco se descuidaba.

Su principal influencia se ejercía en las reuniones públicas donde a fuerza de pulmones anulaba a su rival. Su Comité anunciaba controversias libres ante un público inmenso, dispuestas para los sábados por la noche y los domingos a las tres en punto de la tarde.

Fué un domingo a visitar a las señoras Clarence y encontró a Evelina sola en el salón. A los veinte o veinticinco minutos de hablar con ella sacó el reloj; ya eran las tres menos cuarto. Evelina se mostró amable, provocativa, graciosa, intranquilizadora; el diputado, conmovido, se puso en pie.

—¡Esperad un momento!—dijo ella con voz tan suplicante y acariciadora, que Hipólito volvió a sentarse.

Decidida a interesarle más y más, tuvo para él abandonos, curiosidades, condescendencias. El diputado se arreboló, palideció, y se levantó de nuevo.

Entonces ella, para retenerle, fijó en él sus ojos, cuyas pupilas húmedas brillaban con resplandores turbios, des-

mayados; el hermoso pecho latía con violencia; los labios, temblorosos, guardaban silencio.

Vencido, anonadado, frenético, el hombre cayó a sus pies, y cuando pudo volver a mirar la hora dió un brinco y soltó un juramento espantoso.

—¡Rec...! ¡Las cuatro menos cinco! ¡Me largó!

Y bajó en cuatro zancadas la escalera.

Desde aquel día Evelina sintió por Hipólito cierta estimación.

CAPÍTULO IV

EL MATRIMONIO DE UN POLÍTICO

Ella no le quería mucho, pero deseaba que él la adorase. Mostróse reservada, y no por falta de cariño sino porque hay entre las prácticas amorosas algunas que se realizan con indiferencia, por distracción, por instinto, por curiosidad, por costumbre, como ensayo de poder y para descubrir los resultados. La causa de su reserva fue otra. Le conocía a fondo y le supuso capaz de aprovecharse de sus confianzas y de reprochárselo groseramente si no continuaban las concesiones.

Como él era, por conveniencia principalmente, anticlerical y librepensador, Evelina creyó muy oportuno afectar modales devotos; llevaba en la mano, para que los viera él, enormes libros de misa con rojas tapas, y le metía por los ojos las listas de suscripciones para el culto nacional de Santa Orberosa. No hacía esto para mortificarle, por travesura, por frivolidad, ni por espíritu de contradicción, sino porque de aquel modo afirmaba un carácter, se crecía; y para exaltar el ánimo de Hipólito se rodeaba de religión, como Brunilda para atraer a Sigurd se rodeaba de llamas. Al diputado le pareció más bella con aquel disfraz. A sus ojos el clericalismo era una elegancia.

Reelegido por una enorme mayoría, Cerés entró en una Cámara de ideas más radicales que la precedente y

al parecer más ansiosa de reformas. Advertido pronto de que tanto celo encubría el temor al triunfo de los contrarios y un sincero propósito de no hacer nada, combinó una política oportuna para semejantes aspiraciones. En la primera sesión pronunció un discurso, hábilmente concebido y bien ordenado, en el cual probaba que toda reforma debe ser largo tiempo diferida. Se mostró ardoroso, casi febril, y sostuvo que un orador debe recomendar le moderación con extremada vehemencia. Fué aclamado por todos. En la tribuna presidencial estaban las señoras de Clarence. A su pesar Evelina se emocionó al estruendo solemne de los aplausos. Junto a ellas la bellísima señora Pensée estremeciase con las vibraciones de aquella voz potente.

Así que abandonó la tribuna, Hipólito Cerés acercóse a las señoras de Clarence; mientras al saludarlas recibía sus felicitaciones con fingida modestia y se secaba el cogote con el pañuelo, Evelina que le veía embellecido por resplandores triunfales reparó que la señora Pensée respiraba con voluptuosidad el sudor del héroe, anhelante, con los ojos entornados, con la cabeza desmayada y a punto de sucumbir. Evelina sonrió entonces cariñosamente al señor de Cerés.

El discurso del diputado de Alca produjo gran revuelo. En las «esferas» políticas lo juzgaron muy hábil. «Hemos oído al fin un lenguaje honrado», escribía un diario conservador. «¡Es todo un programa!», exclamaron sus compañeros de legislatura. Y se le reconoció un talento enorme.

Hipólito Cerés se imponía como jefe de los diputados radicales, socialistas y anticlericales, que le nombraron presidente de su grupo, el más importante de la Cámara. Ya le adjudicaban una cartera para la próxima combinación ministerial.

Después de muchas vacilaciones Evelina Clarence decidió casarse con Hipólito Cerés. En su concepto era un hombre vulgar y no se podía suponer que llegase, con el tiempo, a esas alturas en las cuales enriquece la política; pero al cumplir veintisiete años Evelina conocía el mundo lo bastante para no ser demasiado exigente.

Hipólito Cerés era un hombre famoso, un hombre feliz. Estaba desconocido; aumentaba por momentos la elegancia de sus trajes y de sus maneras; abusaba un poco de los guantes blancos. Muy sociable ya, hizo pensar a Evelina en la conveniencia de que lo fuese menos. La señora Clarence veía con gusto aquel desposorio, satisfecha del porvenir de su hija y de tener todos los jueves flores para su salón.

La ceremonia matrimonial presentaba dificultades. Evelina era devota y quería recibir la bendición de la Iglesia. Hipólito Cerés, tolerante, pero librepensador, sólo admitía el matrimonio civil. Hubo discusiones, y hasta escenas desgarradoras. La última tuvo lugar en el aposento de la novia, cuando redactaban las invitaciones. Evelina declaró que sin el consentimiento de la Iglesia no se consideraría casada. Propuso un rompimiento, irse al extranjero con su madre o meterse monja. Luego, enternecida, suplicante, débil: gimió. Y todo gemía con ella en la estancia virginal: la pililla del agua bendita, el ramo de boj puesto a la cabecera del lecho, los libros devotos sobre el mármol de la chimenea, la imagen blanca y azul de Santa Orberosa con el Dragón encadenado... Hipólito Cerés hallábase conmovido.

Bella en su dolor, con los ojos brillantados por sus lágrimas, con las muñecas rodeadas por un rosario de «lapis lázuli», como si las encadenara su fe: de pronto Evelina se arrojó a los pies de Hipólito y se abrazó a sus rodillas, desfalleciente, despeinada.

El perdía firmeza y balbuceaba:

—Un matrimonio clerical; una ceremonia en la Iglesia... Los electores acaso lo toleren, pero el Comité no querrá tragárselo... Trataré de convencerlos y les hablaré de la tolerancia, de las imposiciones sociales... También ellos dejan comulgar a sus hijas... En cuanto a mi cartera ¡diablo! se ahogará en agua bendita.

Ella se levantó grave, generosa, resignada, vencida.

—No insisto ya.

—¿Renuncias al matrimonio religioso? ¡Es lo prudente!

—Sí; pero trataré de arreglarlo a satisfacción de todos.

Visitó al reverendo padre Douillard, quien se mostró

más abierto y acomodaticio de lo que Evelina pudo prometerse.

—Es un hombre inteligente, un hombre razonable y ordenado: él mismo ha de venir hacia nosotros. Le santificaréis: no en vano le ofrece Dios una esposa cristiana. La Iglesia no exigé siempre, para sus bendiciones nupciales, la pompa y las ceremonias. Ahora que se halla perseguida, la lobreguez de las criptas y el misterio de las catacumbas convienen a sus fiestas. Cuando hayáis cumplido las formalidades civiles, venid a mi capilla particular, en traje de calle, acompañada por el señor Cerés, y os casaréis en el secreto más riguroso. El obispo me dará todas las licencias necesarias y todas las facilidades concernientes a las amonestaciones, la cédula de confesión, etcétera, etcétera.

Semejantes arreglos parecían a Hipólito algo peligrosos, pero los aceptó. Sentíase halagado.

—Iré de americana—dijo.

Fué de levita, con guantes blancos y botas de charol. Hizo sus genuflexiones...

Porque, las personas bien educadas...

CAPÍTULO V

EL GABINETE VISIRE

El matrimonio Cerés instalóse con decoro y modestia en un bonito piso de una casa nueva. Cerés adoraba a su esposa con llaneza y lealtad; le ocupaba muchas horas la Comisión de Presupuestos y trabajaba más de tres noches por semana en su *Informe acerca de la Reforma telegráfica*, decidido a que fuese un monumento. Evelina consideraba un poco tonta su manera de vivir, pero no la desagradaba. Lo peor era la escasez de dinero. Los servidores de la República no se enriquecen como se supone. Desde que no hay soberano que reparta favores cada cual coge lo que puede, y sus malversaciones limi-